

viene á ser el regocijo de la familia y la honra del hogar doméstico. Por pobres que seáis, oh madres, no miráis al recién venido como á un importuno huésped, sinó como á un individuo principal de la casa, á quien es necesario preferir dándole el más mullido lecho y el más bien preparado manjar; á quien es preciso servir al menor gesto que haga reclamando vuestra asistencia, aunque tengáis que interrumpir vuestro tranquilo sueño en el silencio de la noche, ó la comida que había de restaurar vuestras fuerzas. Y si un día la mano de Dios toca al hijo de vuestras entrañas empujándole al borde del sepulcro; si llegáis á adivinar que se os va de entre las manos, dejándoos anegadas en inconsolable dolor, os agitáis temblorosas pidiendo á todos el remedio de sus males, hasta que desesperanzadas de encontrarlo en la tierra, acudís á demandarlo al Cielo, corriendo á postraros ante el altar de María pidiéndola la salud de vuestro hijo.

Ved aquí, A. H. M., hasta dónde llegan todos los días los cuidados, el amor y la abnegación de una madre cristiana. ¿Podéis creer que María Santísima, tan superior en todo al resto de las criaturas, carecerá de tan nobles y generosos sentimientos? ¿Temeréis que al invocarla entre sollozos, y en apremiante necesidad, desoiga vuestras súplicas, y desprecie vuestro dolor? ¡Oh! ¡Rechacemos tan injuriosa sospecha! María será para todos tan buena Madre, por lo menos, como nuestra madre natural. Querrá, sí, protegernos, ya que puede; y si puede y quiere, nos protegerá indudablemente.

Acudamos, pues, á María con toda confianza. Cuando las aguas de la tribulación amenacen sumergirnos; cuando el huracán de las tentaciones vaya á derribarnos; cuando sobrevenga la oscuridad de la noche, y el frío de la desolación en nuestra alma haciendonos pesada hasta la vida misma, levantemos el corazón á María, pidiéndola socorro. Errantes vamos por el océano del mundo. Si las olas amenazan tragarse nuestro débil barquichuelo, busquemos en lo alto la brújula que nos ha de guiar; llamemos al piloto que ha de salvarnos. Una y otra cosa será para nosotros la que se titula simbólicamente Estrella del mar, *Maris Stella*; la que es nuestra fuerza, nuestro escudo, nuestro eficaz socorro, nuestra más poderosa defensa: *Auxilium christianorum*; la que se complace en ser amparo de los pecadores: *Refugium peccatorum*; la que miramos siempre, y en particular á la hora de la muerte, como puerta del Cielo: *Fanua celi*.

C. BRETÓN.

DISCURSO

PARA EL DÍA 27 DE MAYO.

MISERICORDIA DE MARÍA SANTÍSIMA.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—*María es refugio de pecadores.*

SUBDIVISIONES.—1. Porque mira con horror al pecado.—2. Porque ha padecido mucho.

PUNTO SEGUNDO.—*María es abogada de los pecadores.*

SUBDIVISIONES.—1. Porque es Madre de los hombres.—2. Porque su cualidad de Madre hace que se interese por los pecadores.—3. Apostolado de María.

In Bethsura (1) remanserunt aliqui ex his qui reliquerant legem et præcepta Dei.

En Bethsura quedaron algunos de los que habían abandonado la ley y los mandamientos de Dios.

(I. MACH., x, 14.)

PENSAMIENTO fué generoso, A. H. M., y de una alta moralidad el de los pueblos antiguos, abrir á los culpables un asilo donde la acción de sus adversarios quedase paralizada. Podría suceder que aquellos lugares de protección la dispensaran, tal vez, á audaces delincuentes; pero este inconveniente estaba bien compensado con preciosas ventajas. Desde luego recordaban á los hombres la supremacía del Todopoderoso, enseñándoles á respetar todo lo que la mano de la religión bendice y consagra. También representaban á Dios bajo el más bello y amable de sus atributos: el de la misericordia, disponiendo la justicia humana á la clemencia. Por último, protegían al débil contra el fuerte, al inocente contra el malvado, al oprimido contra su opresor, á aquella inmensa población de esclavos, en una palabra, libres después, por el cristianismo, de la inhumanidad de sus señores.

(1) Bethsura era una fortaleza donde se acogían ciertos delincuentes para sustraerse á la acción de las leyes.

Entre los griegos y romanos servían de asilo los templos, las aras, y los santuarios. Entre los hebreos había ciudades enteras consagradas á servir de refugio á los perseguidos, y eran en tan considerable número, que sólo en la porción que había tocado á los levitas se encontraban cuatro lugares de esta especie.

Los asilos desaparecieron entre nosotros. La justicia de los hombres ha quedado sin esta traba, de manera, que las leyes que prohíben severamente á los ciudadanos la venganza, la ejercen implacable contra ellos.

La justicia divina, H. M., no ha querido obrar así, privándonos de todo asilo protector. Al contrario, se ha complacido en formar un lugar de refugio, tan libre de allanamiento, y tan accesible al delincuente, que ofrece completa seguridad al que se acoja á él pidiendo protección. Este lugar á que aludo es la misericordia de María Santísima, Protectora universal, á quien nunca se recurre en vano; es María, Madre de Dios y Madre de los hombres, apellidada con justísima razón por la Iglesia católica, Refugio de pecadores, Arca de la alianza, Consoladora de afligidos y Auxilio de los cristianos.

Quiero daros á conocer hoy, A. H., el asilo que debéis buscar contra el pecado en la tierra; quiero daros á conocer la Protectora á que la misericordia divina nos encomienda. La prisa con que acudís á tomar parte en el culto con que la Iglesia se complace en honrar á la Santísima Virgen María durante el presente mes que la está particularmente consagrado, me prueba que sabéis apreciar los inestimables beneficios de que nuestra cariñosa Madre es manantial perenne. Sólo falta, pues, que los publiquemos en alta voz, para que lleguen á oídos de los pecadores moviéndoles á buscar á Jesucristo, quien asegura no dejará de abrir la puerta á todos aquellos que á El recurran.

La exposición de estas consideraciones será la materia de mi discurso. Pero ántes de dar principio á él, pidamos la asistencia del Espíritu Santo por mediación de María.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

MARÍA ES REFUGIO DE PECADORES.

No puede, H. M., dudarse razonablemente que los enemigos de Dios inspiran á su Santa Madre un piadoso interés. ¡Cómo! Me parece oír que se me replica: ¿se puede creer, sin dejarse llevar de una ilusión piadosa, que la más perfecta de las criaturas sea refugio, sirva de asilo á los pecadores? Si esta réplica se me hiciera efectivamente por alguno, yo le pediría, para contestarle, que entrase con nosotros, A. H., en el Corazón Sagrado de María. De seguro no tendría que examinarlo

mucho tiempo para convencerse de la alta conveniencia de la misión que la Madre de Jesucristo ha recibido, de guiar, proteger y salvar á los pecadores. Convenía, sí, á la Santísima Virgen admirablemente este encargo porque tiene un corazón inocente y puro, un corazón que ha padecido acerbísimas penas, un corazón de Madre, un corazón, en fin, de Apóstol.

«Toda tú eres hermosa,» dice á María el Espíritu Santo en un misterioso cantar, significando que María es la misma inocencia, la pureza, la virtud mismas, en un grado de superioridad tan alto, que no es accesible ni lo será nunca á ningún otro mortal. Ved aquí, pues, H. M., á esta incomparable criatura, resplandeciente de santidad, colocada en la más alta grada de la escala de los seres. En el ínfimo escalón descubro un delincuente atacado de la asquerosa lepra del mundo moral, que se llama pecado. Al contemplar la diferencia entre uno y otro sér, me pongo á discurrir de este modo: ¡Cuán inconmensurable es la distancia que separa á ese desgraciado pecador, de la hermosa y purísima María! ¿Cómo ha de lisonjearse el desdichado pecador de que tan celestial hermosura sienta inclinación hacia él, tan asqueroso y horriblemente desfigurado por la lepra que le cubre? Sin embargo, la belleza bajará del Cielo para lavar con sus manos más blancas y puras que el marfil, las repugnantes del pecador. La idea no me sorprende, como no debe sorprenderos á vosotros, A. H. M., pues tiene una explicación muy sencilla. Héla aquí: No hay horror que iguale al horror que el pecado inspira á María Santísima, aunque no sea sinó por el asombroso contraste que forma con su cándida inocencia. Pero María hace, como Jesucristo, una juiciosa distinción entre el hombre y el crimen, entre el enfermo y la enfermedad que le molesta. Nada iguala, en efecto, al horror que la Purísima Virgen siente hacia el pecado, habiendo sido siempre Santa y Pura. Pero cabalmente por estar María dotada en todo tiempo de pureza y santidad, la corresponde curar las enfermedades espirituales de los hombres, porque sólo la que es santa y pura puede acercarse sin peligro á los enfermos, y tratar animosamente las enfermedades.

¿De dónde proviene, H. M., la negligencia con que miramos las dolencias morales de nuestros prójimos? Proviene de una de estas dos causas: ó de que esas dolencias halagan nuestras propias pasiones, ó de que tememos contraerlas. Así el abandono en que dejamos á nuestros hermanos presa de la culpa, tiene su origen, ó en la conciencia de nuestra fragilidad, ó en la perversa inclinación de nuestra naturaleza.

Bajo este concepto, ¿qué peligro podía correr la Santísima Madre de Dios? ¿Cómo podía temer ser contagiada? La mirada afectuosa que María dirige á nosotros, pobres pecadores, es como el rayo de luz que el sol envía al cielo, sin que por eso contraiga mancha alguna. María no puede menos de sentir una benévola compasión hacia los seres más desgraciados de la tierra. Fuera de esto, si la Providencia quería constituir en este mundo un asilo para los reos de lesa majestad di-

vina, no pudo elegir otra criatura más que á María, puesto que ella sola reunía las condiciones de bondad é inocencia, necesarias para realizar el designio de Dios. Porque, ¿qué viene á ser un lugar de refugio? Aquel que pone á cubierto de los peligros de que huye el que se acoge á él. Para un náufrago el lugar de refugio es el puerto. Para un proscrito el lugar de refugio es la pacífica tierra hospitalaria. Lugares de refugio son, en fin, para un amigo desconsolado, el ánimo sereno de un amigo religioso; para el niño débil el regazo de su madre, y para el pecador los brazos de la Purísima Virgen, que nunca conoció el pecado.

Otra causa hay para que María se muestre bienhechora con los pecadores, y es lo mucho que en otro tiempo padeció su corazón.

¿Qué es un pecador? Si esta pregunta la dirigiese á los mundanos, indudablemente me responderían: «Pecador es el negociante cuyos inseparables compañeros fueron el fraude y la injusticia, y que, sin embargo, ha podido allegar tales riquezas, que la opulencia y la pompa en que vive hacen olvidar los medios por donde subió á este estado. Si fué culpable, pues, hartó lo compensa con ser ahora rico. Pecador es el escritor público de dudoso talento, cuya pluma traficó con el escándalo y con las costumbres. Ese hombre removió el lodo, pervirtiendo los corazones con los pútridos miasmas que le hacía exhalar, pero adquirió de este modo nombradía, y lo que es más importante, una colosal fortuna. ¿Qué le importa ahora el haber sido un corruptor avaro? Es rico y todo se le perdona. Pecador es el joven que desde su entrada en el mundo malversó su moralidad, su inocencia y su fortuna, defraudando cruelmente las esperanzas de su madre. Pero goza entretanto de todos los placeres. ¿Oís las carcajadas que salen de esa estruendosa orgía? Mo dudéis que ese joven es feliz.» ¿Qué no lo dude? Lo dudo, lo niego, no lo puedo creer. El mundo se engaña, ó por mejor decir, el mundo quiere engañarnos, al dar su dictamen acerca de lo que es un pecador. ¿Sabéis, H. M., lo que un pecador es? Voy á decíroslo. El pecador es un hombre desgraciado. Bien puede cantar, reír y divertirse, sin que la música, la alegría y la distracción mate el gusano que roe su conciencia. Hay hipócritas de felicidad como hay hipócritas de virtud. Para aturdirse á sí mismos y deslumbrar á los otros, publican á voz en cuello la satisfacción en que viven, haciendo ruidosa ostentación de su felicidad. Pero sabed que aquella satisfacción es fingida, y esta felicidad sólo aparente; puesto que están fundadas en el disfraz bajo el que se ocultan esos hombres. ¿Queréis conocer su verdadero estado? Pues quitadles la máscara y examínadlos á la luz de la razón y de la fe. La razón dice: Todo sér que se halla fuera de la ley, padece y gime. Luego un corazón culpable que se ha sustraído de la ley esencial que es Dios, no goza de felicidad. La fe dice: No hay paz para el impío; *Non est pax impiis*. La experiencia viene en apoyo de la fe y de la razón, diciendo: La voz de los pecadores descubre su malestar. ¿No oís cómo en el tribunal de Dios confiesan que se hallan fatigados en el camino de la iniqui-

dad? *Lassati sumus in via iniquitatis*. Conveceos de que los malos, con su corona de flores, viven entre espinas.

Ya lo veis, H. M., los pecadores son personas desgraciadas. ¿Qué, es, pues, lo que necesitan? Los cuidados y benevolencia de María. Nada sabe el que no ha padecido, dice la Escritura; nada sabe, en comparación de lo que sabía si la adversidad le hubiese instruido. Los padecimientos ponen en juego las facultades intelectuales y sensibles. El riesgo que corrió el piloto cuya nave fué combatida por las olas, le ha suministrado conocimientos que no tiene aquel que jamás salió del puerto, donde la prosperidad le tenía seguro.

¿Y cuáles son, entre estas enseñanzas, las más útiles y fecundas? La principal es la de saber apreciar los padecimientos de otro, compadeciéndose de él. No es extraño, por lo mismo, que la Madre de Jesús, esa Mujer de dolores, se asocie á los infortunados de la tierra. Y como no hay dolores más atroces que los del pecador, ninguno es capaz de mover más eficazmente las piadosas entrañas de María, ¿Quién padece, dice el Apóstol de Jesucristo, sin que yo no sienta? ¿Que corazón es herido por el escándalo, sin que su llaga no afecte también mi corazón?

En el camino de Jerusalén á Jericó, un desgraciado joven ha sido derribado en tierra por salteadores que le han maltratado cruelmente. Allí yace cubierto de peligrosas heridas. Vosotros, mundanos, pasáis junto á él con la mayor indiferencia, sin dirigir á vuestro espirante hermano una mirada afectuosa. No así el piadoso y caritativo samaritano. Un sublime instinto le hace descubrir al infortunado que padece, y le lleva hacia él. Cura sus heridas con aceite y vino, y le traslada á sitio donde reciba lo que le hace falta. Así se conduce la misericordiosísima Virgen María con los pecadores. La curación pronta é instantánea, lenta ó progresiva de cada uno de ellos, es obra de su compasión y de su caridad. Al sitio donde alguien padece es llevada como por la mano del que la invoca, á prestar auxilio. María es el modelo de aquellas heroínas cuya abnegación y solicitud son el consuelo de los enfermos. María, en consecuencia, es el socorro y medicina de los grandes enfermos de la tierra, es decir, de los pecadores; de manera que, según San Basilio, su seno maternal es un hospicio abierto á todas las dolencias morales de los hombres.

PUNTO SEGUNDO.

MARÍA ES ABOGADA DE LOS PECADORES.

¿Queréis comprender mejor, H. M., por qué corresponde á María Santísima el ser refugio de pecadores? Trasladaos por un momento á la cima del Calvario, y contemplad á una mujer que está presenciando el acto en que se consuma la redención del mundo. ¿Quién es esa

mujer que, silenciosa y llena de dignidad, se mantiene de pié junto á la cruz en que espira Jesucristo? ¿Qué viene á hacer al pié del ara en que es sacrificado el Hombre-Dios? La mujer que veis, A. H., es María, y viene á encargarse de una misión cerca de los hombres.

Jesucristo va á espirar, y, abrazando con su mirada última á todos sus hermanos en San Juan, su más amado discípulo, que los representa, dirige su voz á María, diciéndola: «Mujer, mira en ese hombre y en todos sus semejantes, de hoy más, á tus hijos. Extiende tus entrañas, Madre divina, y recibe la gran familia humana. Allí donde se encuentre en adelante una criatura racional, existirá un hijo tuyo.» Nadie, absolutamente nadie, queda excluido del fecundo seno de María; porque Jesucristo, al dejar este legado á los hombres, no consulta los méritos personales de ellos, sinó sus necesidades. La Virgen Santísima habría podido replicar á su Hijo en esta ocasión: «Pero, Señor, ¿qué hijos me obligáis á recibir? Este hombre es un soberbio, estotro un vanidoso, ése un libertino, aquél un avaro; y además hay muchos impíos, blasfemos, incrédulos y perseguidores de la Iglesia que habéis fundado. ¿Cómo queréis que tenga por hijos á gente tan perversa?» Esto podría haber dicho la Santísima Virgen á su Divino Hijo; pero ni lo dijo, ni lo podía decir, porque mal saldría á sus labios un pensamiento que no tenía cabida en su corazón. Al contrario, la idea de que entre sus hijos había muchos pecadores acrecentó su cariño, considerando que éstos tenían más necesidad de su amparo que los buenos. ¿Quién de los hijos, en efecto, há menester mayor solicitud, más esmero y más asidua asistencia sinó el más débil, enfermo y delicado? El niño á quien los vicios de constitución, ó comunicados, excluyen de la dicha, por lo mismo que es más infeliz, interesa más vivamente al corazón de una madre. Por éste se dejan las diversiones del mundo; por él se olvida hasta el descanso, velando á su cabecera mientras los demás duermen sin llamar la atención de la madre; por él se impone ésta privaciones, se sacrifica, derrama lágrimas y eleva súplicas al pié del altar. No es otra la razón de la preferencia que merecen á María los desgraciados pecadores. Siendo, como es, Madre cariñosa, naturalmente distingue en su afecto á los hijos más dignos de lástima y que más expuestos se hallan.

Y no es ésto solo; sucede además que, á título de Madre, no descubre María en la tierra personas más dignas de su interés que los pecadores.

¿Cuáles son los oficios principales de la maternidad? El primero es, sin duda, dar la vida al hijo y ponerlo en el mundo. La vida que la Santísima Virgen puede dar á los hombres no es la natural, puesto que su seno purísimo no ha dado otro fruto que Jesús, Nuestro Señor. Luego es la vida espiritual, la vida sobrenatural del alma la que da á los hombres la Madre Santísima. Pero, ¿á quién ha de dar esta vida sinó á los que carecen de ella, sea por no haberla recibido, sea por haberla apagado en su corazón? Vosotros, pues, pecadores, sois los hijos predilectos de María. Venid, venid á implorar el amor y

compasión de la Madre que tiene el encargo de daros la verdadera vida. No os admiréis de que os considere muertos cuando os parece que más llenos estáis de vida. Padecéis una triste ilusión. Vivís puramente la vida de la materia; pero la parte espiritual, la más preciosa, la más importante de vuestra persona, se halla tan lejos de la vida como la nada del sér, como el error de la verdad, como las tinieblas de la luz.

Venid, os repito, pecadores; venid y recibiréis un nuevo nacimiento. Hé ahí la Madre que os ha de dar á luz; hé ahí las entrañas vivificantes donde habéis de recobrar la vida. En vosotros se realiza el hecho maravilloso que no podía comprender aquel doctor de la ley judáica, que consultaba á Jesucristo esta duda: «¿Cómo puede un hombre volver al seno de su madre para nacer segunda vez?» *Quomodo potest homo in ventrem matris suæ iterato introire, et renasci?* (JOAN., III, 4.)

Convengamos en que María Santísima está consagrada especialmente al bien de los pecadores, como que es Madre especial de ellos. Pero no se olvide que también es Madre, y en sentido más riguroso, de Jesucristo, Hijo de Dios. Quiero decir, que si María Santísima es Madre de hijos pecadores, es Madre también de un Hijo que jamás pecó; que es Madre á un mismo tiempo de los hijos fratricidas y del hermano á quien aquéllos aborrecen y persiguen. Ahora bien; el oficio de María entre los hermanos desunidos es, como no puede menos, de derribar el muro de separación levantado entre ellos por una cruel enemistad, reanudando los rotos vínculos que deben ligar recíprocamente á los individuos de una misma familia. Para esto claro es que María, obedeciendo los deberes de la maternidad, tiene que mover pláticas, y entrar, digámoslo así, en tratos con los pecadores, desempeñando el ministerio de mediadora, á fin de reducir á los rebeldes. Pero como tales gestiones, aunque motivadas por la natural compasión de María, las hace en nombre de su Hijo, á El debe pedir, y pide, la reconciliación de los pecadores. Para que ésta se realice, deben tener entendido los culpables que exige María, como primera condición, el desagravio del ofendido, por medio del arrepentimiento y enmienda de los ofensores.

Del pensamiento que acabo de exponer, A. H. M., nace otra reflexión, con la cual voy á concluir. María Santísima tiene corazón de Apóstol.

¿Cuál es el fin del apostolado? Llevar los hombres al Cielo; sostener y salvar al pecador. Jesucristo, en este sentido, fué Apóstol; y, mejor dicho, el Príncipe, el inspirador y modelo de todos los Apóstoles. Su vida y muerte no fueron otra cosa que el anuncio de su ministerio bienhechor. ¿Y cuál fué el distintivo principal del apostolado de Jesús? Desde el primer paso que dió en la vida pública, desde la misma entrada de su apostólica carrera, declaró paladinamente el carácter de su misión: «No he venido, dijo, por los justos, sinó por los pecadores.» Pues bien: habiendo sido la misión de Jesucristo la más

grande, la de mayor importancia á sus ojos y la más grata á su corazón, quiso que participasen de ella las dos personas á quienes más ama en este mundo: su Esposa la Iglesia, y su Madre María Santísima. Aquella es un apostolado visible en la persona de sus sacerdotes, cuyo objeto es enseñar y combatir á cara descubierta al pecador; y ésa desempeña un apostolado invisible y celeste para inspirar, mover y guiar al mismo pecador, uniendo sus esfuerzos á los de la Iglesia. Una y otra han aprendido en el Calvario la importancia de su misión y la excelencia de su ministerio. Ambas recibieron su delegación en términos claros, formales y de significación imperativa. A una dijo: «Así como mi Padre me ha enviado á mí, os envío yo á la tierra.» A la otra la habló, diciendo: «Hé aquí á tus hijos, sé madre suya.» Entrámbas recibieron sus respectivas facultades con la misma plenitud de autoridad, con las propias garantías, y en virtud de iguales promesas: «Id, les dijo, id confiadamente, que yo estoy con vosotras para que cumpláis perfectamente la misión que os encomiendo.»

Ambas á dos, en fin, tienen idéntico interés en cooperar con todo esmero á los designios del que las envía, porque los triunfos del Esposo son la gloria de la Esposa; y la celebridad del Hijo hace la alegría de la Madre. María y la Iglesia, pues, emprenden decididamente su respectiva obra dando que admirar al Cielo y á la tierra en los milagros de su celo durante diez y nueve siglos. Pero la Iglesia, colocada en el mundo, y sometida á pruebas terribles por todo el tiempo que vista lutos por su Esposo, siente que la flaqueza de su actual situación debilita los medios de su apostolado, no pudiendo recurrir en las mayores aflicciones á otros que á la oración, á las lágrimas, y á la fe de algunos de sus ministros. María, por el contrario, goza triunfante de todo su poder, coronada con una eterna diadema, ocupando el primer lugar después de Jesucristo, en el esplendor de la gloria. Como Reina, lo domina todo, pudiendo comunicar la fuerza de su presente estado á los medios de que se sirve para desempeñar su misión.

Para someter á los pecadores tiene María Angeles á su disposición, preparados siempre á ejecutar sus órdenes. Depositaria, como es, del poder y misericordia de su Hijo, ejerce estos atributos con beneplácito suyo, y como Madre le presenta sus ruegos con la confianza de que no han de ser desoídos. La Iglesia, por su parte, es también depositaria de la autoridad de Jesucristo, y en calidad de Esposa consigue de El cuanto han menester sus hijos.

María nuestra Señora, como se ve, trae el distintivo de Madre de Dios para inspirar en las almas confianza; lleva el título de Inmaculada Virgen, para moverlas á respeto; tiene el carácter de Refugio de pecadores, para levantar el ánimo abatido del culpable; posee el nombre de María, cuya dulzura ejerce una irresistible atracción en los corazones para llamar al pecador; está, en fin, adornada de rasgos purísimos y celestiales, de los que alguna vez se sirve para vencer los corazones rebeldes. Bástale entonces mostrarse al pecador adornada

de sus gracias divinas, dirigiéndole una inefable mirada, para obtener un triunfo decisivo. Antes de haberla oído el pecador, todo lo comprende y se rinde á todo. Así es, H. M., cómo ve María Santísima, la Mujer Apostólica por excelencia, coronada su solicitud con un éxito prodigioso.

Y cuenta que no hablo de regiones desconocidas ó apartadas; ni quiero darme el aire de revelador de abstrusos misterios; hablo de cosas que pasan á nuestra vista, y de las cuales todos nosotros podemos ser testigos. ¿No observáis ese movimiento religioso, tan inesperado como positivo, que domina hoy hasta en las almas olvidadas no há mucho de las cosas espirituales? Pues examinad con alguna atención el origen de esa súbita piedad, y no tardaréis en descubrir la mano que rasga el velo con que los sofistas tapan los ojos á los apasionados de la ciencia y de la filosofía.

¿Que copa ha derramado esa saludable amargura en el paladar de los ebrios mundanos, por cuya virtud empiezan á sentir repugnancia á aquello en que de tan gran deleite gozaban? ¿De qué labios han salido esas dulcísimas é inspiradoras palabras, que han ablandado tantos empedernidos corazones? ¿Quién ha hecho entrar en tranquila meditación á ciertos espíritus ligeros y revoltosos? ¿Quién ha sacado del cenagal del vicio á tantos en cuya frente brilla el rayo de la pura luz que arde en su alma? ¿A quién se debe el que muchos á quienes ayer llamábamos muertos, manifiestan hoy una prodigiosa exuberancia de vida, de la cual dan testimonio postrados al pie de los altares, á donde vienen á acreditar sus devotas resoluciones? Todo ésto, y mucho más que omito, dice en voz alta á los que no son voluntariamente sordos, que en cada uno de los beneficios que del Cielo se reciben, que en las circunstancias de cada conversión, se descubre la huella del bendito Nombre cuyos encantos y poder se habían elogiado. Todos son monumentos de los triunfos de María, y trofeos de su apostolado. No hay pecador convertido que no se gloríe de ser conquista de la Madre de Jesús. No hay ninguno que, con la palabra ó con los hechos, no invite á sus amigos, que todavía se resisten á la gracia, á dejarse vencer de Aquella bajo cuyo mando tanta gloria se adquiere venciendo á las pasiones.

Vengan, pues, á alistarse bajo la bandera de esta invencible Heroína que á todos nos ha vencido y desarmado. Y Vos, divina Madre, para proseguir vuestras victorias, pues son muchas aún las que os quedan que alcanzar, disipad los errores que el audaz racionalismo quisiera sustituir á la pureza de nuestros antiguos dogmas, rompéd las cadenas que sujetan el corazón del hombre débil, destrozad las armas que la violencia pone en manos de los poderes opresores que atacan á la independencia de la Iglesia, y á los derechos de sus sagrados Pontífices. Como triunfáis en España, triunfad en toda Europa, donde tenéis ya tantos siervos que os obsequian, tantos corazones que os bendicen. Unidnos á todos con el lazo común del amor á nuestro Divino Hijo, y á Vos, la más cariñosa de las madres, á fin de que

de este modo nos amemos todos en Jesucristo como hermanos. Triunfad completamente en nuestros corazones, reprimiendo las malas inclinaciones que nos arrastran, y cortando los lazos que nos sujetan. Devolvednos la paz y la dicha, con la pureza y la inocencia. Arrancad hasta las últimas raíces del pecado, haciendo que en su lugar florezca la virtud. Hacednos, en fin, tales, ¡oh Virgen Santísima! que en nuestra vida sea fácil reconocer algunos rasgos de la belleza de nuestra excelsa Madre. *Así sea.*

HUMPHRY.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—De la misericordia de María según la Escritura.

SUBDIVISIONES.—Pruebas sacadas: 1. De la palabra de Dios.—2. De la palabra de Nuestro Señor Jesucristo.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—De la misericordia de María según la tradición y la experiencia.

SUBDIVISIONES.—Pruebas sacadas: 1. De la conducta y doctrina de la Iglesia.—2. De las conversiones maravillosas.

Voluntas quidem cordis mei, et obsecratio ad Deum, fit pro illis in salutem.

El buen deseo de mi corazón, y mi oración á Dios, es para que ellos tengan salud.

(ROM. x, 1.)

EL corazón del hombre está hecho para Dios, en términos, que la primera necesidad del alma es dirigirse á Dios, aproximarse á Dios, fundirse en Dios; porque en solo Dios está su vida, su descanso y su felicidad. En este principio se fundaba el gran Padre de la Iglesia, San Agustín, para decir á Dios aquella tan sabida frase: «Para Vos, Señor, nos hicisteis: por eso nuestro corazón se halla inquieto, hasta que en Vos descansa.» El pensamiento, A. H. M., no puede ser más exacto; porque, sea cuanta se quiera la satisfacción que el pecado cause en el alma, sean cualesquiera los goces que proporcionen á los sentidos, tales goces, semejante satisfacción, aun suponiéndolos continuos y embriagadores, serán siempre impotentes para aplacar el hambre y apagar la sed de felicidad que devoran al hombre. Al contrario, cuando las sensaciones y el aturdimiento de esos pecaminosos placeres se desvanecen, y se encuentra el hombre mano á mano consigo mismo, no puede menos de aterrarse al notar el inmenso vacío que el pecado deja en el alma, así como no puede menos de experimentar un inmenso disgusto. ¡Ah! ¡Cuán bien comprende entónces todo lo que le falta para ser dichoso! ¡Cómo se vuelve el corazón hacia el lado de donde puede venirle la felicidad! El pobre corazón humano, aunque sujeto por la culpa, y pegado á la tierra, á consecuencia del vencimiento del espíritu por la materia, se lanzaría arduosamente, si tuviera bastante resolución, hacia Dios, su soberano bien. Si se atreviese á tanto, buscaría indudablemente, con la mejor voluntad, un asilo contra sus remordimientos, y la esperanza